

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Para Pamplona: Un mes, 1,25 Ptas.; trimestre, 3,50; semestre, 6,75; año, 12,50.

Fuera de Pamplona: Trimestre, 4 pesetas; semestre, 7,50; año, 14.

Extranjero: Trimestre, 15; semestre, 25.

El pago será adelantado

La no devolución del periódico por los suscriptores de fuera de la capital, indica que continúa el abono.

Diario independiente * Dos ediciones NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Redacción, Administración e Imprenta: Paseo de Valencia, 80 y calle de San Gregorio, 25, bajos.

El Eco de Navarra

PRECIOS DE INSERCIÓN

Anuncios en primera plana, 1 peseta línea; anuncios oficiales en segunda plana, 0,50; reclamos, 0,25; anuncios preferentes tercera plana, 0,15; anuncios cuarta plana, 0,07 línea sencilla. Esquelas mortuorias, según muestrario

VIERNES SANTO DE 1906

Ecos y Remembranzas

SUMARIO: La Semana Santa.—La Pasión y Muerte de Jesucristo en la literatura, el arte y las costumbres de España.—Prácticas piadosas de los reyes de Navarra.

No es posible ocupar ahora a la mente en otra cosa que no sea la contemplación de la Pasión y muerte de Cristo Jesús, que la iglesia conmemora solemnemente en esta semana, así como con cuanto se relaciona con el suceso más grande de todos los sucesos que registra la historia del Universo.

En estos menguados tiempos, en que la apostasía recibe culto idolátrico de las criaturas entontecidas ó encanalladas; en que la perfidia triunfante arranca aplausos estruendosos a las ignaras muchedumbres; en que la palabra hueca y embustera del malvado atrae el corazón de los hombres, mejor que las obras meritorias del justo; en que el vicio se levanta sobre el paves, manejando el cetro del mundo, y la virtud coronada de espinas es crucificada por las turbas enloquecidas; en que hasta el sentido común parece haber sido muerto y sepultado por la insensatez, el apasionamiento ó el crimen, es en alto grado conveniente la meditación de los Misterios de la Pasión del Redentor, medicina de todos los males que afligen a la humanidad.

Que el Salvador del mundo es Maestro que enseña y Médico que cura como ningunos otros; y la Cruz de Cristo es la mejor cátedra para aprender en ella el camino del bien, y el único bálsamo para sanar todas las heridas del alma.

Por esta razón, la tragedia incomparable del Gólgota, ha inspirado a los hombres, los libros más perfectos; las obras de arte más acabadas; las virtudes más heroicas.

No sé, ni creo que sea posible, pasar revista completa a los libros importantes que se han escrito tomando por base el Decidido perpetrado por el pueblo maldito. Además de la Sagrada Biblia que es el primer libro del mundo, circulan innumerables obras literarias llenas de ternuras, de dulzuras, de delicadezas, de suavidades, de sublimidades inimitables, tanto en el fondo como en la forma.

Nos consta que desde tiempos antiquísimos se representaba en la Catedral de Gerona El Centurión, antes de maitines, observándose al mismo tiempo la muy rara costumbre de pescar, hasta que fué abolida por el Cabildo.

En Madrid existían en el XVI las Cofradías de la Pasión y de la Soledad con las cuales se entendían las Compañías de comediantes para representar dramas sacros, no sé si durante ó después de Semana Santa.

Estas costumbres rancias, se mezclaron con muchos abusos que en buen hora fueron prohibidos; y aunque actualmente hay otra vez tendencias a rodear de aparato escénico la celebración de los Misterios de la Semana Mayor, como ya desde el año 1304 se verificaba en Nancí, a imitación de las renombradas y antiguas representaciones de Oberammergau, según asegura un respetable diario católico, y como hasta hace muy poco tiempo ha venido también sucediendo, por lo menos en un pueblo de la ribera de Navarra, es sin embargo, con la precisa condición de desterrar de los nuevos autos sacramentales toda clase de corruptelas.

Gonzalo de Berceo con su Duelo de la Virgen, Juan de la Encina con sus representaciones de Viernes Santo; Ausias Izquierdo con su Lucero de nuestra Salvación al despidimiento que hizo Nuestro Señor Jesucristo de su Madre, Fr. Diego de Hojeda con su Cristiada; Juan Dávila con La Pasión; Calderón de la Barca con su Devoción a la Cruz; Fr. Luis de León; Fr. Luis de Granada; San Juan de la Cruz; el Venerable Juan de Avila; Santa Teresa de Jesús; los navarros Palafox; Fr. Diego de Estella y Malón de Chalde, y en suma, los mejores escritores y oradores españoles, se remontaron a la mayor altura al tratar de la Pasión de Nuestro Señor.

De ningún modo debe olvidarse a Timoneda, quien en los Desposorios de Cristo y retirándose a la saga conque los judíos ataron a Jesús, hace decir a la esposa natural de la siguiente hermosísima poesía que los autores citan como modelo.

«Soga bendita añudada Aquí en mi cuello te poso Tenme con mi esposo atada. Soga de amor apretada Atate a mi corazón!»

Resultaría tarea interminable la de mencionar los nombres de aquellos pintores y escultores españoles que se inspiraron en los pasos de la Semana Santa. Representan a los más notables Velázquez con su Cristo famosísimo, y Martínez Montañés con su Jesús Nazareno.

Respecto a las buenas obras ó acciones meritorias que la contemplación de la Cruz ha producido, bastanos saber que ha llenado el mundo de mártires; el desierto de anacoretas; y el Cielo de Santos; y que en este valle de lágrimas, donde, aunque las carcajadas ahogan a los sollozos, es evidéntísimo que se llora mucho más que se ríe, y que si en este valle de lágrimas, repito, puede vivirse, es solamente por el Santo Madero que nos cobija y sostiene.

Conforta el ánimo y levanta las decaídas energías, el espectáculo consolador que en Semana Santa dan los cristianos, entre el clero, poderes públicos, nobleza, y pueblo, a prácticas piadosas tan nobles como la adoración de la Santa Cruz, el indulto de los pobres sentenciados a muerte, y la fraternidad con que generalmente nos tratamos unos a otros, y que

LA CALLE DE LA AMARGURA

Ya el inocentísimo Jesús ha sufrido infinito; ya ha sudado sangre en el huerto de las Olivas; ya ha sido preso y conducido como un fascineroso al Tribunal; ya ha sido llevado de Anás a Caifás, de Herodes a Pilatos; ya ha sido azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas é insultado y vilipendiado por la soldadesca feroz; ya ha sido vestido por irrisión con una vestidura blanca y tratado como loco; ya su cuerpo está hecho una lástima, lleno de heridas de los azotes y de las espinas; ya parece que no debe quedarle que sufrir.

Y sin embargo, fáltale cargar sobre sus hombros el pesado madero, subirlo al monte Calvario y ser crucificado en él.

Oyese el sonido lúgubre de la trompeta del pregonero que publica la sentencia de muerte dada por el débil Pilatos, y llénanse las calles de inmenso gentío, que acude presuroso a ver al Justo que, con la pesadísima cruz sobre sus delicadishombros, y una soga al cuello, de la cual tira inhumanamente un verdugo, y recibiendo a cada momento empujones de los que detrás caminan, emprende el camino de las Calaveras.

Caer primera, segunda y tercera vez con la cruz el pacienteísimo Cordero, por no poder resistir su peso y por los empujones bestiales de sus verdugos para que caminase más deprisa. Pero aun con ser tan pesada la cruz para el largo y penoso trayecto que ha de recorrer, pénsale infinitamente más las culpas y los pecados de los hombres que han de hacer en gran parte, estériles sus padecimientos, estéril su crucifixión, estéril su muerte. Es levantado una y otra vez con cruel inhumanidad a fuerza de golpes y tirando de la soga. ¡Oh, Jesús mío, que enorme crueldad! Tomen los infames judíos que la Víctima divina va a exhalar el último suspiro antes de subir la áspera pendiente del Gólgota y se van a quedar sin el horrible gusto de crucificarle, y solo por este temor y de ningún modo por la compasión que le tienen, solo por ver la flaqueza y debilidad del Redentor, que creen la imposibilitarán de llegar al sitio de la ejecución, deliberan entre sí y determinan buscar un hombre que le ayude a llevar la carga de la cruz.

Buscan, pues, y encuentran un buen hombre que se presta a ello; a Simón, natural de Cirene, por esto llamado «Simón el Cireneo», que ayuda a llevar la cruz, de cinco varas de longitud, a nuestro Salvador.

La Virgen Santísima, traspasada de dolor, procura hallarse al paso de la fúnebre comitiva en una de las calles por que tenía que atravesar; llégase a él, sin poder articular palabra, límpiale su santísimo rostro en los cortos momentos que le permiten sus verdugos detenerse y se separan de nuevo sin hablarse por tener sus corazones transidos de amargura, cayendo luego desmayada María; vuelve en sí auxiliada por las piadosas mujeres que la acompañaban, y marcha al Calvario a ver a su tiernísimo Hijo terminar la obra de nuestra redención.

«Hijas de Jerusalén, dice el Salvador a unas mujeres que le seguían llorando, al verlo padecer de tan atroz manera, hijas de Jerusalén, ¡no lloréis por mí, llorad, sí, sobre vosotros y sobre vuestros hijos: aludiendo a la destrucción de Jerusalén y a la maldición que sobre sí habían echado los insensatos judíos que pedían con ansia la condenación de Jesús a Pilatos: «Crucifigeum, crucifigeum; sanguis ejus super nos, et super filios nostros!»

Una piadosa y compasiva mujer salió al encuentro también a Jesús y le limpió el rostro inunad en sudor y sangre, con un velo, en el cual quedaban estampadas las facciones del Redentor. Este sagrado velo se conserva todavía en la Basílica de San Pedro, de la ciudad de Roma.—Llegado al Calvario, fué clavado en la cruz el pacienteísimo Salvador, y allí murió a las tres de la tarde, en medio de dos ladrones, terminando de este modo su vida con el paso por la calle de la Amargura.

«¡Sigamos sus pisadas; abracemos la cruz que se dignó enviarnos para imitarla y así podremos luego acompañarle en la Jerusalén celeste.

«¡Sigamos sus pisadas; abracemos la cruz que se dignó enviarnos para imitarla y así podremos luego acompañarle en la Jerusalén celeste.

vienen observándose desde tiempos inmemoriales.

Don Carlos III de Navarra seguía la buena costumbre de lavar los pies a trece pobres el día de Jueves Santo. Así consta, que en 1357 manifestaba el citado rey que se compraron ocho delantales para Nos e nuestros Capellanes para lavar los pies a los trece pobres del Jueves de la cena.

Estando en Francia Felipe III de Navarra en la Semana Santa del año 1332, tuvo ocasión el día de Viernes Santo, de oír el célebre sermón que en Aviñón predicó el Papa Juan XXII acerca de la reconquista de los Santos Lugares, y decidió nuestro rey, así como también los de Francia, Aragón y Bohemia, que estuvieron presentes, organizar una cruzada a Tierra Santa, aunque este pensamiento, por razones que no son de este lugar, no pudo llevarse a la práctica.

El día de Jueves Santo del año 1084 don Sancho Ramirez, rey de Aragón y Navarra, rodeado del Príncipe heredero y de los altos dignatarios de la Corte, celebró la traslación de las reliquias de San Isidoro con extraordinario aparato y ostentación.

La reina de Navarra D.^a Oneca acostumbraba a vivir retirada durante la Semana Santa y el resto de la Cuaresma; y se sabe de la misma, que en el tiempo Santo referido del año 812, lo pasó en el Monasterio de Leire dedicada a ejercicios de piedad.

Felizmente, los españoles, excepción hecha de una reducida caterva de desalinados, seguimos continuando la tradición de celebrar cristianamente la Semana Santa. Y porque no han de ser también Santos para nosotros las demás semanas del año?

JUAN P. ESTEBAN Y CHAVARRIA.

(Publicadas como inéditas en el Parnaso Español.—Madrid, 1771; tomo V.)

sibilitarán de llegar al sitio de la ejecución, deliberan entre sí y determinan buscar un hombre que le ayude a llevar la carga de la cruz.

Buscan, pues, y encuentran un buen hombre que se presta a ello; a Simón, natural de Cirene, por esto llamado «Simón el Cireneo», que ayuda a llevar la cruz, de cinco varas de longitud, a nuestro Salvador.

La Virgen Santísima, traspasada de dolor, procura hallarse al paso de la fúnebre comitiva en una de las calles por que tenía que atravesar; llégase a él, sin poder articular palabra, límpiale su santísimo rostro en los cortos momentos que le permiten sus verdugos detenerse y se separan de nuevo sin hablarse por tener sus corazones transidos de amargura, cayendo luego desmayada María; vuelve en sí auxiliada por las piadosas mujeres que la acompañaban, y marcha al Calvario a ver a su tiernísimo Hijo terminar la obra de nuestra redención.

«Hijas de Jerusalén, dice el Salvador a unas mujeres que le seguían llorando, al verlo padecer de tan atroz manera, hijas de Jerusalén, ¡no lloréis por mí, llorad, sí, sobre vosotros y sobre vuestros hijos: aludiendo a la destrucción de Jerusalén y a la maldición que sobre sí habían echado los insensatos judíos que pedían con ansia la condenación de Jesús a Pilatos: «Crucifigeum, crucifigeum; sanguis ejus super nos, et super filios nostros!»

Una piadosa y compasiva mujer salió al encuentro también a Jesús y le limpió el rostro inunad en sudor y sangre, con un velo, en el cual quedaban estampadas las facciones del Redentor. Este sagrado velo se conserva todavía en la Basílica de San Pedro, de la ciudad de Roma.—Llegado al Calvario, fué clavado en la cruz el pacienteísimo Salvador, y allí murió a las tres de la tarde, en medio de dos ladrones, terminando de este modo su vida con el paso por la calle de la Amargura.

«¡Sigamos sus pisadas; abracemos la cruz que se dignó enviarnos para imitarla y así podremos luego acompañarle en la Jerusalén celeste.

«¡Sigamos sus pisadas; abracemos la cruz que se dignó enviarnos para imitarla y así podremos luego acompañarle en la Jerusalén celeste.

vienen observándose desde tiempos inmemoriales.

Don Carlos III de Navarra seguía la buena costumbre de lavar los pies a trece pobres el día de Jueves Santo. Así consta, que en 1357 manifestaba el citado rey que se compraron ocho delantales para Nos e nuestros Capellanes para lavar los pies a los trece pobres del Jueves de la cena.

Estando en Francia Felipe III de Navarra en la Semana Santa del año 1332, tuvo ocasión el día de Viernes Santo, de oír el célebre sermón que en Aviñón predicó el Papa Juan XXII acerca de la reconquista de los Santos Lugares, y decidió nuestro rey, así como también los de Francia, Aragón y Bohemia, que estuvieron presentes, organizar una cruzada a Tierra Santa, aunque este pensamiento, por razones que no son de este lugar, no pudo llevarse a la práctica.

El día de Jueves Santo del año 1084 don Sancho Ramirez, rey de Aragón y Navarra, rodeado del Príncipe heredero y de los altos dignatarios de la Corte, celebró la traslación de las reliquias de San Isidoro con extraordinario aparato y ostentación.

La reina de Navarra D.^a Oneca acostumbraba a vivir retirada durante la Semana Santa y el resto de la Cuaresma; y se sabe de la misma, que en el tiempo Santo referido del año 812, lo pasó en el Monasterio de Leire dedicada a ejercicios de piedad.

Felizmente, los españoles, excepción hecha de una reducida caterva de desalinados, seguimos continuando la tradición de celebrar cristianamente la Semana Santa. Y porque no han de ser también Santos para nosotros las demás semanas del año?

FRAY LUIS DE LEÓN.



CALLE DE LA AMARGURA (HIJAS DE JERUSALEN: NO LLORÉIS POR MÍ!)

(Cuadro de Hoffmann.)

Al Santísimo Sacramento

Comida celestial, pan cuyo gusto es tan dulce, sabroso y tan suave, que al bueno, humilde, santo, recto y justo, a manjar celestial, como es, le sabe; justa condenación del hombre injusto si come el pan de Dios se encierra y cabe; el sumo Dios que así se da y oculta, diga el bien que de tanto bien resulta.

Pan de ángeles, Dios tan verdadero, que aunque se quiebra, se divide y parte, está un inmenso Dios, trino y entero en cualquiera migaja y menor parte; Agnus Dei, sincerísimo Cordero, que en pan al pecador gustas de darle, pues eres todo Dios, el que es bastante, de su deidad en sí cifrada cante.

Eres, pues, Dios, de tu deidad tan digno, que no hay justo ni santo entre los santos, que no se juzgue y tenga por indigno de bocatos que da regalados tantos; eres pan para el bueno tan benigno, que de tribulaciones y de llantos le produces y das gloriosos bienes, y para con el malo lo detienes.

Eres pan celestial, lo figurado de aquel maná sabroso del Desierto; tú lo vivo y aquello lo pintado, aquello la figura y tú lo cierto; eres pan tan glorioso y endiosado, que a decir tus grandezas ya no acierto; las angélicas lenguas lo prosigan, que faltas quedarán aunque más digan.

FRAY LUIS DE LEÓN.

(Publicadas como inéditas en el Parnaso Español.—Madrid, 1771; tomo V.)

EL DESCENDIMIENTO

Temiendo la atfígida Madre que su amado Hijo recibiese nuevas injurias, ruega a José de Arimatea que pida a Pilato el cuerpo de su Jesús, para que, a lo menos, después de su muerte pudiera preservarle de los ultrajes. José manifestó a Pilato el dolor y el desdeseo de esta atfígida Madre, y San Anselmo cree que la compasión de la Madre enterneció a Pilato y le impulsó a concederle el cuerpo del Salvador. Jesús, pues, fué descendido de la Cruz. ¡Oh Virgen sacrosanta! Después que con tanto amor y abnegación disteis al mundo a vuestro Hijo para nuestra salvación, el mundo os lo devuelve. «¡Más; oh Dios, en qué estado me lo vuelve!»—decía entonces María al mundo:—mi Hijo tenía el color blanco y colorado, y tú me lo vuelves negro con los golpes, y rojo no por el color, sino por las heridas que le has abierto; él era hermoso, y ahora está todo atefado; enamoraba con su aspecto, y ahora causa horror a quien le mira.

Bernardino de Bustos figurase a esta atfígida Madre que, levantándose, extendiendo los brazos para recibir a su querido Hijo, le abraza y se sienta al pie de la Cruz. Contempla su boca abierta, sus ojos oscurecidos, sus carnes despedazadas, sus huesos descubiertos; le quita la corona de espinas y mira las ligas que en su sagrada cabeza hizo; examina las manos y los pies atravesados, y dice: «¡Ah, Hijo mío, a qué estado os ha reducido vuestro amor

por los hombres! ¿Pero Vos qué mal les hicisteis para que os hayan maltratado así? Tú para mí fuiste mi padre, Tú fuiste mi hermano, mi esposo, mis delicias, mi gloria, mi todo. Hijo mío, ve mi aflicción; mírame y consuélame: mas Tú ya no me miras. Habla, dirígeme una palabra de consuelo: pero Tú ya no hablas, porque estás muerto. ¡Oh espinas crueles!—decía volviéndose a los bárbaros instrumentos del suplicio;—clavos, lanza cruel, ¿cómo habéis podido atormentar a vuestro Criador? Más ¿qué digo? ¿qué espinas? ¿qué clavos? ¡Ay pecadores, vosotros sois los que habéis maltratado así a mi Hijo!

(San Alfonso María de Ligorio.)

Mater dolorosa

No hay cosa más triste que la orfandad. Es un estado del alma en que nunca se encuentra el reposo, en que se carece de ese calor vivificante que nutre nuestros sentimientos más delicados bajo la influencia del amor materno. A la manera que un cuerpo encerrado en una cámara donde no entra el aire, se debilita, se asfixia y muere, el alma que llora su orfandad, es un alma que no tiene aire que respirar, y pronto se verá desaparecer su ternura, extirparse la delicadeza de sus sentimientos y ella misma se asemeja a un fantasma llorando sobre ruinas y escombros.

Así quedó la humanidad después del pecado cometido por Adán. Perdió su gracia, perdió el derecho a la gloria, perdió su inmortalidad y pureza viéndose desde entonces correr entre tinieblas, sin sentimientos dignos que albergar en su pecho, sin calor vivificante que sostuviera su alma, sin luz en su inteligencia, sin consuelo en su corazón, sin paz en su conciencia y sin amor en sus hogares. Una cerrazón espantosa envolvía los destinos de la humanidad, y ésta, enloquecida y convulsa, sin ideales fijos, sin creencias luminosas, corría, cual nave sin timón, por el océano de las pasiones, empujada por odios y rencores inextinguibles, por luchas encarnizadas y fratricidas guerras, dejando por todas partes un pedazo de su corazón y un girón de su nobleza. Noche lóbrega, noche espantosamente larga, que después de cinco mil años terminó en el Calvario, para dar entrada a la aurora de la Redención, Cristo Jesús, que a todos nos prohibió con su amor en medio de los más horribles tormentos.

Miradle bien: sobre una cruz yace tendido medio exánime nuestro Divino Redentor, el cual, viendo la orfandad en que iban a quedar las almas redimidas por su preciosa sangre, se entrega por ellas, apelidándolas hijas amantísimas de su fe, y volviendo los ojos a su Madre Inmaculada, que al pie de la cruz permanecía inmóvil, rígida y como petrificada por el dolor materno, la dice cariñosamente: Puesto que pierdes tú a amadísimo Hijo según la carne, para que no quedes huérfana y sin consuelo, te doy hijos innumerables que alimentan con tu fe; vuelve tus ojos virginales a mi discípulo amado que, en representación de todos mis creyentes, llora contigo los dolores que sufro, y prohibíjale con amor, pues ese es tu sufrimiento, disculpalo mio predilecto, a quien distinguió sobre todos con mi amor, no te acongorjes al ver que salgo de este mundo, no llores más tu orfandad, porque para suplir mi ausencia, te entrego mi Corazón y el de mi Madre Santísima, a la cual constituyo desde ahora en Madre tuya.

Alegremonos todos y saltemos ya de gozo ante acto tan soberanamente singular y sublime. Ya no somos huérfanos, ya tenemos Madre en María, tipo noble, tipo santo, figura inmaculada y personificación gloriosa de la mujer, de la esposa y de la madre perfecta, que nos acoge con su amor, nos protege con su poder y nos regenera con sus virtudes. Es la madre del dolor, madre de las tristezas infinitas, madre de las angustias más inconsolables. Con sus dolores santifica los nuestros, con sus horribles tribulaciones, tan grandes como el mar en expresión de un Profeta, nos impulsa a sufrir las que el Señor ó sus enemigos nos deparen; con su fe nos alumbró el camino de la existencia; con su amor nos fortalece en las luchas y desmayos de la vida; con su pureza inmarcescible embalsama nuestro ambiente, hinchándolo de fragancias exquisitas.

Ya no somos huérfanos, porque Jesús nos prohibió en la cruz y nos dió una madre símbolo perfectísimo de todas las madres; ya no nos faltará el cariño de María, que engendra las esperanzas más risueñas en el campo del humano vivir; no nos faltará una mano poderosa que nos defienda de los enemigos de nuestro bienestar; ya no nos faltará un guía experto que nos dirija por el desierto del mundo.

Que esos sentimientos bullan y se agiten constantemente en el seno de las sociedades, y éstas nunca serán huérfanas; ¡veis a nuestra sociedad enloquecida corriendo desobedada por los caminos de la apostasía universal sin fe, sin honor y sin sentido? Pues es porque no piensa en María, porque se ha emancipado de la tutela bendita de esa madre del amor hermoso. ¿Queréis que resucite de nuevo a la vida pujante, feliz y gloriosa que ostentó en siglos pasados? Hacedla volver los ojos a María, decidla que no se aparten de ella sus mandatos, sus enseñanzas y sus ejemplos, y tendréis resuelto el problema; veréis entonces cómo esta sociedad, herida hoy de muerte, entra en las vías de salvación, se dignifica y engrandece como en pasadas centurias.

P. JOAQUÍN D. DURÁN, Agustino.

Jerusalén

Apenas había comenzado el alba a blanquear los cielos, cuando se oyó a la voz del árabe, conductor de la caravana, que entonaba el cántico para la partida. Los peregrinos se preparan inmediatamente; los dromedarios doblan las rodillas y reciben los pesados fardos sobre la bóveda de sus espaldas, los robustos asnos y las yeguas ligeras llevan a los viajeros.

Dejan las murallas de Jope, rodeadas de hermosísimos bosques de lentos y de granados, que asemejan rosales, cargados de sus rojos frutos; atraviesan la llanura de Saron, que en la Escritura entra a la parte con el Libano y el Carmelo en su imagen de la belleza: estaba entonces cubierta de aquellas flores, cuya magnificencia no podía igualar Salomón con toda su pompa real. A poco rato llegan a las montañas de Judea y entran en ellas por la aldea que vio nacer a aquel feliz criminal, a quien Jesucristo concedió el cielo desde la cruz. También os saludaron los piadosos viajeros, cuna de Jeremías, que todavía respiraba la melancolía del profeta de los dolores.

Pasan el torrente que le suministró al pastor de Belén las piedras con que hirió al filisteo: se internan en un desierto donde algunas higueras salvajes nacidas acá y allá presentan al viento del Mediodía sus ennegrecidas hojas. La tierra que hasta allí había conservado el verde de algunas plantas, se despoja enteramente de ellas; las laderas de los montes se prolongan y toman a un tiempo mismo, un aspecto más grandioso y más estéril: la vegetación se retira poco a poco, y por fin muere; aún los mismos musgos llegan a desaparecer del todo; un suelo rojizo y ardiente sucede a la palidez de las rocas. Pero luego que llegan a un alto collado los peregrinos descubren repentinamente una muralla vieja mediterránea, de la que salían las terrazas de algunos edificios nuevos. El guía exclama: ¡Jerusalén! Y todos, deteniéndose repentinamente por un movimiento involuntario, repiten: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén!

Los cristianos se precipitan de sus yeguas ó de sus dromedarios. Unos se postran tres veces; otros se golpean el pecho sollozando profundamente.

Mil recuerdos oprimen a un mismo tiempo el corazón y el espíritu; recuerdos que abrazan nada menos que la duración del mundo. ¡Oh! musa de Sión, solamente tú podías pintar aquel desierto que respiró la divinidad de Jehová y la grandeza de los profetas!

Entre el valle del Jordán y las llanuras de la Idumea, se extiende una cadena de montañas que comienzan en los fértiles campos de Galilea y va a perderse en las arenas del Yemen. En el centro de estas montañas se encuentra una explanada seca, cerrada por todas partes por colinas amarillentas y pedregosas: aquellos montecillos no se abren más que un poco por el Levante, para dejar ver las estancadas aguas del Mar Muerto y las lejanas montañas de la Arabia. En medio de esta explanada, sobre un terreno pendiente y desigual, dentro del recinto de unas murallas demolidas con los golpes del ariete y que estuvieron fortificadas con torres que están arruinándose, se descubre inmensos edificios, caídos unos, ruinosos todos; algunos cipreses sueltos, algunos grupos de álces y nogales; algunas casuchas árabes, semejantes a los sepulcros blanqueados, cubren aquel montón de ruinas; y esto es la triste Jerusalén.

La primera vez que se eleva la vista en aquella región desolada, se espodera del corazón una inmensa melancolía. Pero cuando ya el viajero va pasando de soledad a soledad y ve el espacio que se extiende sin límites ante sus ojos, la melancolía se disipa poco a poco y siente un terror secreto, que lejos de abatirle el alma, le inspira y le exalta. Los extraordinarios puntos de vista que por todas partes se presentan, descubren un país donde se multiplican sin término los milagros; el sol ardiente, el águila impetuosa, el humilde hisopo, el cedro soberbio, todos los cuadros de la Escritura están allí. Cada nombre encierra un misterio, cada gruta descubre un acontecimiento futuro, cada cumbre resuena con los acentos de un profeta. El mismo Dios ha hablado en aquellas riberas; los torrentes secos, las rocas hendidas, los sepulcros medio abiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parece que aún está mudo de terror; y se diría que no se ha atrevido a romper el silencio desde que se escuchó la voz del Eterno.

CHATEAUBRIAND.

LA CRUCIFIXIÓN

(RELACION DE ANA CATALINA EMMERICH)

Los alguaciles (hombres pequeños y robustos—dice la vidente—tenían cara de extranjeros y los cabellos crispados, parecían animales feroces; servían a los romanos y a los judíos por el dinero) quitaron a nuestro Señor su capa, el cinturón con el cual le habían arrastrado y su propio cinturón. Le quitaron después su vestido exterior de lana blanca y como no podían sacarle la túnica sin costuras que su Madre le había hecho, a causa de la corona de espinas, arrancaron con violencia esta corona de la cabeza abriendo todas sus heridas. No le quedaba más que su escapulario corto, de lana y un lienzo alrededor de la cintura. El escapulario se había pegado a sus llagas y sufrió dolores indecibles cuando se lo arrancaron del pecho. El Hijo del hombre estaba temblando, cubierto de llagas, echando sangre á cerradas; sus hombros y sus espaldas estaban despedazadas hasta los huesos. Le hicieron sentar sobre una piedra, le pusieron la corona sobre la cabeza y le presentaron un vaso con hiel y vinagre; mas Jesús volvió el rostro sin decir palabra.

Después lo extendieron sobre la Cruz, y habiendo estirado su brazo derecho sobre el brazo derecho de la cruz, lo ataron fuertemente: uno de ellos puso la rodilla sobre su pecho sagrado, otro le abrió la mano y el tercero apoyó sobre la carne un

clavo grueso y largo y lo clavó con un martillo de hierro. Un gemitó dulce y claro salió del pecho de Jesús, su sangre saltó sobre los brazos de sus verdugos. Los clavos eran muy largos, la cabeza chata y del diámetro de un duro, tenían tres esquinas, eran del grueso de un dedo pulgar á la cabeza, la punta salía detrás de la cruz. Después de haber clavado la mano derecha del Salvador, los verdugos vieron que la mano izquierda no llegaba al agujero que habían abierto, entonces ataron una cuerda á su brazo izquierdo y tiraron de él con toda su fuerza hasta que la mano llegó al agujero. Esta dislocación violenta de sus brazos le atormentó horriblemente: su pecho se levantaba y sus rodillas se separaban. Se arrojaron de nuevo sobre su pecho, le ataron el brazo y hundieron el segundo clavo en la mano izquierda: se oían los quejidos del Señor en medio de los martillazos. Los brazos de Jesús estaban extendidos horizontalmente, de modo que no cubrían los de la cruz que se elevaban oblicuamente. La Virgen Santísima sentía todos los dolores de su Hijo, estaba pálida como un cadáver y los gemidos se exhalaban de su pecho. Los fariseos la llenaban de insultos y de burlas. Magdalena estaba como loca, se despedazaba la cara: sus ojos y carrillos vertían sangre.

Habían clavado á la Cruz un pedazo de madera para sostener los pies de Jesús, á fin de que todo el peso de su Cuerpo no pendiera de las manos, y para que los huesos de los pies no se rompieran cuando los clavaran. Habían hecho ya un agujero para el clavo que debía clavar los pies y una excavación para los talones. Todo el Cuerpo de Jesús se había contraído en lo alto de la Cruz por la violenta tensión de los brazos, y sus rodillas se habían separado entre sí. Los verdugos las extendieron y las ataron con cuerdas, pero los pies no llegaban al pedazo de madera puesto para sostenerlos. Entonces, llenos de furia, los unos querían hacer nuevos agujeros para los clavos de las manos, pues era difícil poner el pedazo de madera más arriba; otros vomitaban imprecaciones contra Jesús:—No quiere estirarse—decían—pero vamos á ayudarle.—Entonces ataron cuerdas á su pierna derecha y lo tendieron violentamente, hasta que el pié llegó al pedazo de madera. Fue una dislocación tan horrible que se oyó erugir el pecho de Jesús, que exclamó diciendo:—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!—Habían atado su pecho y sus brazos para no arrancar las manos de los clavos. Fue un horrible padecimiento. Ataron en seguida el pié izquierdo sobre el derecho y lo talaron primero con una especie de taladro, porque no estaban bien puestos para poderse clavar juntos. Cogieron un clavo más largo que los de las manos y lo clavaron atravesando los pies y el pedazo de madera hasta el árbol de la Cruz. Esta operación fué más dolorosa que todo lo demás, á causa de la dislocación del Cuerpo. Contó hasta treinta martillazos.

Los gemidos que los dolores arrancaban á Jesús se mezclaban á una continua oración, llena de pasajes de los Salmos y de los Profetas, cuyas predicciones estaba cumpliendo; no había cesado de orar así en el camino de la Cruz y lo hizo hasta morir. He oído y repetido con El todos estos pasajes y los recuerdo algunas veces rezando los Salmos; pero estoy tan abatedo de dolor que no puedo coordinarlos. El jefe de la tropa romana había hecho clavar encima de la Cruz la inscripción de Pilatos. Como los romanos se burlaban del título de rey de los judíos, algunos fariseos volvieron á la ciudad para pedir á Pilatos otra inscripción. Eran las doce y cuarto cuando Jesús fué crucificado, y en el mismo instante en que elevaban la Cruz, el templo resonaba con el ruido de las trompetas que celebraban la inmolación del cordero pascual.

*De esta manera—dice el devotísimo Palma,—por medio de la Cruz se consumaron todas las cosas y se pusieron en su punto y perfección, y muriendo en ella el Señor se hizo, como dijo el Apostol (Heb. 12, 2), autor y consumador de nuestra fe; por causa de que en la Cruz obró las principales cosas que creemos é hizo firmes las que esperamos; nos quitó el amor de las que en esta vida poseemos, y nos allanó el camino para alcanzar las que en la gloria deseamos.

LA CRUZ

¿A dónde vas, pobre obrero?
¿Buscas pan y pides luz?
No fuerzas el derrotero;
mira á lo alto, hacia el madero
sacrosanto de la Cruz.
¿Qué ves? En ella enclavado,
presa de dolor profundo,
hay un cuerpo ensangrentado:
es Dios el que está enclavado,
el gran Obrero del mundo.
El que labró los sillares
que son del orbe cimiento,
y puso valla á los mares,
y sembró de luminaras
y soles el firmamento.
El que, vistiendo el sayal
de nuestra naturaleza,
nació en humilde portal,
elevando á estirpe real
la humildad y la pobreza.
El que en Nazaret vivía
oscurecido, sin nombre,
y trabajando crecía
en gracia y sabiduría
para enseñanza del hombre.
El que llevó, en conclusión,
la jornada sin horario,
que empieza en la Creación
y acaba en la Redención
consumada en el Calvario.
Acércate sin encono
y estrecha de amor los lazos
con Jesús; es buen patrono,
es Dios, que desde su trono
de dolor te abre los brazos.
Pídele y recibirás
cuanto demande tu cuita,
y si acongojado estás,
paz y consuelo hallarás
en su bondad infinita.
Rechaza á quien apartarte
pretenda del Crucifijo;
tienes en su herencia parte,
que muere para salvarte,
y expira llamándote hijo.
Placeres, riquezas... cienes,
no exciten tu vanidad;
valen poco y duran menos;
mucho más vale ser bueno,
que dura una eternidad.
¿Sufres? Pues Jesús te trajo
para tus penas consuelo;
si padeces aquí abajo
con las manos del trabajo
se abren las puertas del Cielo.
J. A. RODRIGUEZ DEL VALLE.

LOS COBARDES Y LOS VALIENTES

Pensamientos en la Pasión de Cristo

Con la razón y la inocencia delante, no hay por qué doblegarse á nadie; siempre firmes, pero rectos.
Ceder, aparentar miedo, acogerse á las excusas, es un paso para flaquear; es dar la victoria á quien de ti se pretende reír; es perder terreno en el campo de la razón é inocencia.
La verdad es inmutable é incommovible; no se muda, no varía de postura ni de cara.
¡Que te hundien! hundido.—¡Que te llaman soberbio, embaucador, blasfemo, loco!... no importa.
El contrario, el enemigo, pretende, busca, como Satán, su padre, la adoración: todo te dará, si, prostrado en tierra, me adoraras; quiere... que caigas á sus piés, que te doblegues, aparentes ser inferior, como que eres culpable... ¡Ah! si lo dices, si lo haces!... ¡qué triunfo el del mal sobre el bien; el del error sobre la verdad: Belial sobre Cristo; la Revolución sobre la Iglesia!... Así va el mundo.
Por cobardías, por no perder, porque no se me cree, ¡a doblar el espinazo! Es muy cómodo decir ¡a qué resistir sin fruto, sin apoyo, sin autoridad!... ¡si he de quedar sólo, aplastado por la fuerza del dinero, de la autoridad, de la sinrazón, del más fuerte!... Hé aquí el gran mal de ahora, y de antes, y del futuro.
La Historia lo asegura.
Pedro, Póncio, el pueblo judío, los Natanaeles, la raza de los cobardes, conspiraron, se unieron, causaron la cruenta consumación del drama del Gólgota.
Faltaron los valientes, aparecieron los cobardes, y el decidido se consumó ante el asombro de los siglos.
¡Atrás los cobardes! ¡fuera los del balancín!
Esos no son buenos para nada.
Digo mal: son buenos... para el triunfo del error!
¡Se cede... se doblega... se aparenta... hay pataleo y componenda?... quien gana será el crimen; quien pierde es la verdad.
Empero los mártires no saben hacer pasteles; ni los confesores hacen urdimbres; ni los doctores y santos padres supieron componer tratados de Maquiavelo ni de Juliano; ni Cristo obró en su Pasión tamaño mal.
Aunque todos, yo nó,—dijeron: si todos venden la verdad, escarnecen la inocencia, componen un amasijo de conducta de balancín, si tienen dos caras, yo nó.
Y así, y sólo así, hubo un Cristo que es la luz que ilumina, y mártires que murieron por la verdad, y confesores que fueron incommovibles, y doctores con entereza prudente; y cobardes huyeron cuantos querían asirse del manto de la verdad, para, bajo su amparo, destrozarla.
La verdad triunfó, canta la Iglesia en su Himno del Vexilla regir. Cristo, verdad suma, reinó desde el leño; y la fiesta de las Banderas es la cántiga del triunfo de la verdad: mientras que la cobardía huyó y quedó pulverizada al resucitar Cristo para nunca jamás morir.
La raza de los cobardes no vive.
La raza de los valientes no muere.
R. ARBIZU.

M.º y Abril 1906.

Quod Scripsi, Scripsi

Cerca del mediodía, á las once y media, ó muy poco más, parece que fué cuando crucificaron al Señor; porque dice San Marcos que era la hora de tercia cuando le clavaron en la cruz, y la hora de tercia duraba desde las nueve hasta las doce; y San Juan dice que era casi la hora de sexta cuando Pilato dió la sentencia, de donde infiere muy bien el Padre la Palma—que cuando Pilato se sentó *pro tribunali* á dar la sentencia serían ya las once de nuestro reloj, ó algo más, y por quedar ya la menor parte de la hora de tercia hasta llegar al mediodía, dijo San Juan que era casi hora de sexta—entonces.
Al mediodía, poco más ó menos, que es cuando se empezaba á contar la hora de sexta, se oscureció el sol y quedó en tinieblas toda la tierra hasta la hora de nona, como notaron San Mateo, San Lucas y San Marcos. Pero antes de esto debió de pasar como un cuarto de hora el Salvador levantado en la cruz y expuesto á las miradas de aquel maldito pueblo; y fué, sin duda, principalmente en este tiempo cuando los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los soldados y toda aquella turba de hombres infames y sin entrañas le escarnecieron moviendo las cabezas y blasfemaron de él, diciéndole que si era hijo de Dios, bajase de la cruz. Y en este tiempo fué también cuando muchos leyeron el título puesto por Pilato en hebreo, en griego y en latín, el cual título estaba colocado en lo alto de la cruz, sobre la cabeza del Señor, y era una tabla como la que se ve en el famosísimo Cristo de Velázquez, donde se leía: *Jesús Nazarenus, Rex Judaeorum*. Estas palabras estaban grabadas en la misma tabla, y escritas de derecha á izquierda, al modo hebraico; de lo que yo, como otros infinitos cristianos, soy testigo, puesto que alcancé la dicha de contemplar el trozo de esta inscripción que se conserva en Roma.
Descontentos á los judíos, y especialmente á sus pontífices, el letrado, Pilato, que, como haciendo burla de ellos, les decía poco antes, desde el *gábhatha*: *Regem ves trum crucifigam?* (¿A vuestro Rey queréis que crucifigam?), volvía á su tema del *ecce Rex vester*, y no había parado hasta esculpirlo en aquel rótulo, para mayor afrenta suya. Parece—pensarían los miserables—que tiene empeño en malquistarnos con los romanos, que por

nuestra parte bien claramente y á una hemos publicado en la plaza que no reconocemos ni tenemos por rey sino al César.
Corrieron, pues, á ver al presidente y decirle: Señor, aquel público malhechor y embaucador ya queda clavado y colgado en la cruz, como sus grandes delitos merecían, y la gente toda celebra con muchas voces y risotadas verle avergonzado y deshonrado, y que sea manifiesto y patente á todos como eran fingimiento y burla sus milagros. Mas el título que has mandado grabar y fijar en la cruz no ha parecido acertado y verdadero, porque no has de decir «Rey de los Judíos», sino que él mismo dijo: «Soy Rey de los Judíos».
Andaría Pilato malhumorado é inquieto desde que condenó á Jesús después de haber confesado varias veces paladinamente que no hallaba en él ninguna culpa, y más con lo que en saliendo del tribunal tornaría á decirle su mujer, ya no por medio de algún criado ó billete, sino cara á cara, sobre las temerosas visiones que la habían acongojado por causa de aquel Justo; y así, luego que oyó la pretensión de los pontífices, los despacó en hora mala, diciendo: Bien está lo que he escrito, y no hay que añadir ni mudar una tilde; *quod scripsi, scripsi*. Con que, en fin, dió alguna muestra de energía aquel cobardo.
EDUARDO DE HUDOBRO.

A la soledad de Nuestra Señora

Sin Esposo, porque estaba José de la muerte preso; sin Padre, porque se escondió; sin Hijo, porque está muerto; sin luz, porque llora el sol; sin voz, porque muere el Verbo; sin alma, ausente la suya; sin cuerpo, enterrado el cuerpo; sin tierra, que todo es sangre; sin aire, que todo es fuego; sin fuego, que todo es agua; sin agua, que todo es yelo; con la mayor soledad que humanos pechos se vieron, pechos que hubiesen criado, aunque virginales pechos, á la cruz, de quien pendía un rojo y sangriento lienzo, con que bajó de sus brazos Cristo sin alma, Dios muerto, la soía del Sol difunto, Dice, con divino esfuerzo, estas quejas lastimosas y estos piadosos requiebros: «¡Oh, retrato victorioso donde el Capitán Eterno, por dar á los hombres vida venció la muerte muriendo! ¡Oh, escala de otro Jacob, más con tres pasos de hierro, tan alta, que, por subirla, pies y manos puso en ellos! ¡Oh, mesa en que estuvo puesto aquel soberano Pan atravesado en el leño! Pavesado nos han dejado yo sin Hijo y vos sin dueño, consolémonos los dos, pues los dos nos parecemos. Hizome Dios cruz divina para nacer de mi pecho, y á vos, por mayor favor para morir en el vuestro, pues como á Dios os adoran ángeles, hombres y cielos, morir en vos fué lo más y nacer de mí lo menos. Más merecen vuestros brazos las horas que le tuvieron que los años que los míos le dieron dulce sustento. Madre suya parecéis en darle al mundo, aunque muerto; pero daisle mil dolores, y yo le parí sin ellos. Leona sois en el parto, aunque yo os le di Cordero; mas pues que blanco os le di, ¿por qué me lo dais sangriento? Cuando mi parto, no os vi, y vos me veis en el vuestro, aunque pues fué sobre tablas, bien puede pensar maderos. Bien me llamaron María por la amargura que tengo, ó porque vos, nave santa, habeis pasado mi estrecho. Pero puesto que soy mar, tanta ventaja os confieso que desde que fuisteis fuente en vuestras aguas me anego. Fué del Espíritu Santo mi virgen vientre cubierto, para que estando á su sombra sufriese el Sol tan inmenso. Y aquí á la sombra de un árbol vivo de mí Sol tan lejos, que con ser del cielo gloria, amanece en el infierno. Huerto me llamó mi esposo, mas no pensé que en mi huerto hubiera un árbol tan fuerte que tuviera á Dios en peso. Aquel fruto soberano fué de mi vientre primero, nació como trigo en pajas; racimo me lo habéis hecho. ¡Oh, dulce leña de Isaac, llevada en hombros más tiernos! Dadme esa estampa de sangre, pues que no me dais el cuerpo!» Dijo la Virgen María, y dándola dulces besos, dió rosas y tomó rosas la zarza verde en el fuego. Corazón de piedra dura, quedad llorando deshecho, que la muerte de Dios-Hombre las piedras parte por medio.
LOPE DE VEGA.

Cronología

DE LOS OCHO ÚLTIMOS DÍAS DE LA VIDA DEL SALVADOR

Nuestro Señor Jesucristo, la feria sexta, que fué la octava del día del mes de Nisán (6 sea Marzo), según San Efrén, vino á Betania, pequeña aldea que distaba de Jerusalén, quince estadios, como una media legua; en ésta vivían Lázaro el resucitado y sus dos hermanas Marta y María Magdalena.

Al día siguiente, que era sábado, cenó el Señor, según los Evangelistas, en casa de Simón el leproso; á esta cena se hallaban presentes Lázaro y sus dos hermanas; Señor con aquel ungüento precioso, hecho con la espiga del narño, que era de mucha valor, pues según los expositores valía como unos trescientos cincuenta reales; esto fué lo que levantó entre sus discípulos aquella murmuración de que habla San Mateo y San Marcos; San Juan era ladrón y avaro, y quería él recibir el dolo, pues era el bolsero; ya, por consiguiente,—dice Cornelio Alápidi, por consiguiente, Judas vender, delatar, perder á Jesús.
Al día siguiente domingo, que fué el día 10 del mes de Nisán, entró Jesucristo con pompa solemne en Jerusalén. Las gentes, cuando oyeron que Jesús venía, salieron en tropel á recibirle, arrojando á su paso ramos de palma, y clamando: ¡Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!
El día 11 del mes de Nisán, ó sea el lunes, maldijo el Señor la higuera por su esterilidad y predicó en el templo.
El día siguiente, martes, enseñando también en el templo, disputó con los escribas y fariseos, y los amenazó repetidas veces en su discurso con la particula *Vae vaticinio* en este día la destrucción del templo y de Jerusalén, prediciendo las señales que antecederían á una y otra, exhortando á todos en parábolas á que estuvieran prevenidos con buenas obras para estos calamitosos días.
El miércoles de esta semana celebraron concilio los príncipes de los Sacerdotes y magistrados del pueblo en el atrio del príncipe de los Sacerdotes, que se llamaba Caifás; en este concilio determinaron prender con engaño á Jesús y hacerle morir; Judas, discípulo de Cristo, se les ofrece, y por treinta dineros promete entregarles al Señor.
El jueves, día siguiente, á la hora de vísperas, celebró Jesús con sus discípulos la fiesta de la Pascua, comiendo el cordero pascual, instituyendo entonces la Eucaristía. Después de la cena, estando el Señor orando en el Huerto de Getsemani, fué delatado por Judas y prendido.
Al día siguiente, viernes, después de dolorosa Pasión, fué crucificado y muerto el Redentor.
El sábado descansó en el sepulcro, bajando su alma benditísima al limbo de los justos para sacar de allí las almas de los Santos Padres, resucitando el domingo á primera hora.
MANUEL ARBERÚ.

El llanto de Jesús

Es inconcebible. ¡Jesús lloró! ¿Era su llanto un tributo rendido á la flaca naturaleza humana? ¿Se conmovió aquel corazón divino por causas análogas á las que se rinde el corazón de los hombres? ¡Jesús lloró! Sí, lloró sobre la ciudad deicida y lloró ante la tumba de su amigo Lázaro. Lágrimas más amargas que las arrancadas por todos los dolores posibles, más ardientes que las vertidas por todos los atribulados de la tierra, de todas las razas, en todos los siglos y en todas las fases de la vida: ¡De la vida, que en este mundo de dolores, en este valle de lágrimas las ha derramado tan abundantes y las derramará hasta el fin de los siglos, sin que haya número para su número ni medida para su inmensidad; lágrimas que encierran el misterio impenetrable de tantas angustias, de tantos sacrificios, de tantas tribulaciones, de tantas ternuras, porque el hombre las vierte hasta por el placer; lágrimas que no hay ciencia capaz de clasificar, ni entendimiento que pueda comprender, ni vocablo que pueda expresar... bañaron el rostro sacratísimo de un Dios!
Es incomprendible, es inconcebible: Ver á un Dios sacrificado por el pecado, crucificado y muerto entre desolaciones infinitas por redimir á la raza maldita de los hombres, oprime el alma y la llena de pavor; el espectáculo de un Dios que llora, el espectáculo de Jesús vertiendo lágrimas, debió llenar de espanto á los cielos y á los abismos, y debiera hacer doblar la rodilla y confundirse en el polvo á toda criatura que albergue en su corazón un átomo de sentimiento!
MIGUEL VILATELA.

LA CRUZ

¡Semana Santa! Época la más sacrosanta del año; días en los que se desgarró el más grande de los misterios; días de venerandas memorias á cuyo solo recuerdo brotan en el corazón de todo creyente la fe, el amor y el reconocimiento hácia el gran Mártir Crucificado que nos libró de la muerte eterna.
Si la primavera con sus perfumes es estos días un himno al Creador, los pechos de cuantos creen, esperan y aman son un idilio de afecto y de adoración hacia Aquel que colocado sobre el madero de la Cruz venció á la muerte con la muerte.
Cruz veneranda, salve. Tu que eres el lábaro de los creyentes, tu que, cubierta de la purpura del Divino Cordero, eres la más bella de todas las cosas y superas las fuerzas todas del mundo, sumadas para hacerte la guerra y derribarte, apareces más bella y resplandeciente en estos días de luto.
Esta Cruz, mofa y escándalo de las gentes, ha sido colocada sobre las coronas de los reyes y poderosos de la tierra, elevada entre las nubes en los más altos y ricos monumentos, plantada lo mismo en las más encumbradas montañas coronadas de perpétuas nieves que en las profundidades de los valles, resplandece y brilla sobre las armas de los ejércitos y en los pechos de los héroes: ha sido levantada sobre las ruinas del brutal paganismo y sin que hasta nuestros días haya tenido ócaso, y en una palabra, irradia sus fulgores de oriente á occidente.
Este triunfo de la Cruz débese al Redentor Crucificado: gloria, pues, á El que nos ha dado el lábaro de nuestras victorias, el símbolo de nuestra esperanza, el consuelo en nuestras angustias, la señal gloriosa de perfecta, benéfica y verdadera civilización. Sin la

El Descendimiento

AL QUERIDO AMIGO A. L. Ya Cristo ha espirado, ya rígido y frío su cuerpo sagrado envuelto en las sombras, inmóvil quedó; la bestia judía saciada ya el hambre voraz que tenía, por la ancha vertiente del monte rodó. La sangre ya helada está en todo el cuerpo de Cristo parada, formando un reguero que muere en la Cruz; las nubes no agitan sus alas negras y ya no palpan tras ellas los rayos del mundo de luz. Ya están los deidades ocultos en negras y sucias guaridas durmiendo el letargo que el crimen les dió, rozando el madero con sus negras alas el cuervo postrero del monte Calvario su vuelo alejó. Callado está el viento. En este solemne grandioso momento la Tierra y el Cielo callados están, y sólo pausadas se sienten las recias y firmes pisadas que dan unas sombras que vienen y van. La gente que sube parece el oscuro girón de una nube, que rueda en el monte queriendo subir. Y sube pausada como ave que herida se arrastra pesada buscando su nido de quiete morir. Por la ancha ladera las sombras arrastran pesada escalera, por ella el cadáver de Dios bajarán; subiendo por ella las sombras que siguen de Cristo la huella al sacro cadáver de Dios llegarán. Escala bendita que llevan las sombras, escala infinita, tú llegas al Trono sagrado de Dios; yo beso, escalera, tus sacros peldaños, por ellos quisiera, Jesús soberano, subir hasta Vos.

Ya están en la cumbre las sombras calladas. Levisima lumbre del aura proyecta siniestro claror. La Cruz se ilumina y ya se distingue la frente divina cubierta de sangre y envuelta en sudor. Ya están junto a Cristo las sombras que ha poco subir hemos visto; aún siguen calladas, aún mudas están; abajo llorando las santas mujeres están esperando el Cuerpo divino que al fin bajarán. La ruda tenaza mordió ya los clavos; ya un hombre se abraza a Cristo arrancado por él de la Cruz... y Dios desde el Cielo por dar a la Madre más grande consuelo lanzó sobre el mundo torrentes de luz. La Virgen extendiendo sus brazos divinos, y en tanto descendiendo el grupo de sombras que bajan a Dios, y al pie del Madero la Madre se abraza al divino Cordero, y ya otra vez juntos se encuentran los dos. Honor de Judea será siempre el bueno José Arimatea que el Cuerpo de Cristo llegó a descollar; por él un momento después de constante y horrible tormento vio luz en el Cielo la Virgen brillar. La Virgen sentada contempla del Hijo la faz moratada y riega su rostro con llanto de Amor; las santas mujeres delante de aquellos divinos dos seres derraman el llanto de puro dolor. Los hombres, callados, recogen los clavos en sangre bañados y dejan la escala pegada a la Cruz, y el santo Madero como un solitario se eleva severo] cercado de un nimbo de pálida luz. RAIMUNDO GARCÍA. (Garcilaso.)

La nueva ley de la Historia

La ley de la Historia. He aquí lo que invoca a cada paso nuestra crítica moderna, buscando la verdad en el laberinto de los hechos humanos. Y en realidad, la historia tiene su ley. El alma que informa los acontecimientos más trascendentales de una época, la aspiración única de los espíritus, la tendencia universal de los pueblos... esto es la ley de la historia. Antes de la venida de Cristo, el mundo no conocía más ley que la soberbia. Ella escribió sus códigos, inspiró sus artes, engendró sus héroes. Sólo la soberbia fundó aquellos Estados sin límites, aquellos imperios que ambicionaron el cetro de la soberanía universal. Pero el Estado y el Derecho y todas las Instituciones antiguas, informadas por la soberbia, llevaban la muerte en su seno; y llegó el día en que se persuadió el mundo de que era indispensable una nueva ley para dirigir a la Humanidad por los caminos de la Historia. Pero ¿quién podría dar esta ley nueva a los hombres? Mientras los grandes poderes de la tierra confesaban su impotencia para salvar al mundo de su próxima ruina, mientras los filósofos y los guerreros, los poetas y los legisladores se ocultaban, avergonzados, entre los escombros de la civilización pagana, allá, desde un rincón de la Galilea, Jesús de Nazaret hablaba así a los pueblos: «Un nuevo mandamiento os doy: Que os améis unos a otros, como os he amado yo.» A la ley de soberbia, que es ley de muerte, oponía Jesucristo la ley del amor, única ley que da la vida. Pero a esta ley de amor se llega por los caminos de la humildad, porque el amor es hijo de la humildad, como la soberbia es madre del odio. Por esto, Jesús, que venía a traer un mandamiento nuevo a la humanidad, a dar una nueva ley a la Historia, la escribió desde Belén hasta el Calvario; y deteniéndose un instante al final de su carrera, para despedirse del mundo, realizó el acto más admirable de humildad que registra su vida terrestre: lavó los pies a sus discípulos.

XXXVII.—Octavo y último paso.—La Soledad de María. XXXVIII.—Presidencia del Clero de la Parroquia de San Agustín. XXXIX.—Presidencia del Excelentísimo Ayuntamiento. XL.—Música y piquete de infantería.

Boletín Religioso

SANTORAL SANTOS DE HOY.—San Hermenegildo, Rey y mártir. Día 13 Viernes Santo.—Estación en Santa Cruz de Jerusalén.—Este es el gran día, de misericordias del Señor, puesto que en él quiso el divino Salvador sufrir los más crueles suplicios y expirar inopinadamente en la Cruz, a fin de que fuésemos curados por sus llagas, lavados con su sangre, justificados por el decreto de su misma condenación, y que hallásemos en su Muerte el principio de nuestra vida. No hay día más venerando para los cristianos que el Viernes Santo. Debemos meditar la historia de la Pasión y Muerte de Jesucristo, padecer a su imitación y aumentar el rigor del ayuno, acompañar a la Iglesia en todas las oraciones que hace en este día. Adorando a la Cruz adoramos a Jesucristo, que fué clavado en ella por nuestro amor. En este día nos ofrece la Iglesia el Santo Sacrificio de la Misa, como en demostración de luto, observados en esto un vestigio de la antigua disciplina. El Oficio del Viernes Santo es de los más augustos y patéticos: el altar desnudo, la Cruz cubierta con velo negro, las velas amarillas, todo respira tristeza, luto y desolación. El sacerdote ora postrado en tierra con ornamentos negros, para manifestar de algún modo toda la amargura de un corazón contrito y atribulado. Estos ritos solemnes anuncian a los fieles la grandeza del Misterio que la Iglesia conmemora y despierta los sentimientos de que debe estar poseído. SANTOS DE MAÑANA.—San Tiburcio y Valeriano, mártires. Día 14 Sábado Santo.—Estación en San Juan de Letrán. En este día se celebra el Misterio de la Sepultura de Jesucristo y su bajada a los infiernos. Son muy antiguas las ceremonias de la bendición del fuego nuevo, del cirio pascual y de las fuentes bautismales. En otro tiempo todos los días, antes del Oficio, se encendía y bendecía fuego nuevo. El cirio servía antes para alumbrar a los fieles toda la noche de Pascua. Tanto éste como aquél representan a Jesucristo como luz del mundo, apoyada primero y restituida después a la vida. Las fuentes bautismales se bendicen, porque antiguamente era una destina para conferir el Bautismo solemne. En la Misa se dice aleluia por ser un cántico de regocijo que se repite en esta ocasión a causa de la alegría que infunde la Resurrección de Jesucristo. En los primeros siglos de la Iglesia no se celebraba en este día el santo Sacrificio, Jesús está aún en el sepulcro, y la Esposa, sumergida en el más amargo dolor, dejaba pasar el Sábado Santo en el triste silencio del duelo, suspirando por el solemne momento de la gloriosa Resurrección. Los preparativos para celebrar dignamente la victoria del divino Triunfador empezaban por la tarde, a la puesta del sol, y duraban toda la noche terminándose esta larga Vigilia con el Sacrificio de la Misa, que se celebra al amanecer, procurando que el canto del Gloria concidiese con el momento en que resucitó el Salvador. Pero habiendo prohibido posteriormente la Iglesia las reuniones nocturnas por la desedificación de los fieles, el antiguo oficio de la noche se celebra ahora por la mañana, conservando, sin embargo, los mismos ritos y sin cambiar las oraciones. La Vigilia del Sábado Santo es la gran solemnidad del Bautismo; y la administración de este Sacramento de tan santos como misteriosos ceremonias. Comienza el oficio por la bendición del fuego nuevo y del incienso; sigue después el cántico de alegría llamado Argélica para la inauguración del cirio pascual, a continuación se cantan las doce lecciones y profetas; concluidas éstas, todos se dirigen al baptisterio en donde se hace la solemne bendición del agua. Los catecúmenos recibían entonces el Bautismo, y si asistía el Obispo les administraba la Confirmación. Al volver desde el baptisterio al altar se cantan las letanías de los santos e inmediatamente empieza el Sacrificio en que recibían la Comunión los recién bautizados. CULTOS Oficio de la Feria con rito simple y color negro. En la Catedral.—A las ocho vicia-cruces a las ocho y media oficios; a las cuatro completas, maitines y laudes. El rosario de los esclavos a las siete. En las Parroquias.—A las seis, sermón por los cuatro señores, a las diez, los Oficios y a las seis de la tarde maitines. En San Agustín.—A las seis de la tarde saldrá la Procesión del Santo Entierro, y después se hará un solemne ejercicio en honor de la Soledad, predicando el R. P. Rodríguez, Redentorista. En las Salesas.—A las cuatro de la tarde función de La Lanzada, con sermón por D. Cipriano Olaso. En los Carmelitas.—A las ocho, comenzarán los oficios. Por la tarde rosario y cánticos a la Dolorosa. Los maitines comenzarán a las cinco de la tarde. PARA MAÑANA Oficio del Sábado Santo con rito doble y color blanco. En la Catedral.—A las ocho y media oficios; a las seis completas. En San Saturnino.—Cuarenta Horas, de cinco y med a siete y media de la tarde. En los Carmelitas.—A las siete Oficios, y a las siete de la tarde, rosario y salve. SERVICIO PARROQUIAL DE ENFERMOS San Saturnino.—Campana 12-1.º San Lorenzo.—Casa Parroquial. San Nicolás.—San Gregorio, 17-2.º San Juan Bautista.—Dormitoria 36, 3.º San Agustín.—San Agustín 36-1.º

SEPULTURA DE JESUCRISTO



SEPULTURA DE JESUCRISTO (Dibujo de E. Hofmann.)

A N. S. CON LA CRUZ A CUESTAS LA PROCESIÓN DE HOY EN PAMPLONA

Cansado va el buen Jesús; su cuerpo va desahogado, y su amor más encendido, cuando El más debilitado. La cruz de nuestras ofensas en sus hombros ha cargado, pregonan que es malhechor y a todos ha remediado. ¡Oh, que bien que pastorea el buen pastor su ganado, llevando sobre sus hombros un tan modesto cayado! Oh, que cae, la cruz a cuestas, oh, que queda arrodillado pidiendo a Dios de rodillas remedio de mi pecado! El imperio y mando lleva sobre sus hombros cargado, por descargo de nosotros la sujeción del pecado. Corona de espinas duras El para sí se ha tomado, que lleva las blandas rosas con que nos ha coronado. (Del Cancionero de Ubeda)

(Orden de la Procesión del Santo Entierro, que la Hermandad de la Pasión del Señor celebra esta tarde. I.—Piquete de la Guardia civil de caballería. II.—Grupo alegórico.—Abraham é Isaac. III.—Grupo alegórico.—La entrada en Jerusalén, con palmas y ramos y el estandarte «Hosanna». IV.—Primer paso.—La despedida. V.—La bandera de la Hermandad. VI.—Grupo alegórico.—Las doce tribus de Israel y el Arca de la Alianza. VII.—Segundo paso.—La oración en el huerto. VIII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diputados. IX.—Manipulo de soldados romanos. X.—Coro de cantores. XI.—Tercer paso.—Los azotes. XII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diputados. XIII.—Manipulo de soldados romanos. XIV.—Grupo alegórico.—El estandarte «Crucifige». XV.—Cuarto paso.—Ecce-Homo. XVI.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diputados. XVII.—Manipulo de soldados romanos. XVIII.—Grupo alegórico.—Los atributos de la Pasión, Herodes, Sumo Sacerdote, Caifás y la Verónica. XIX.—La bandera ó estandarte romano

llamado «Vexillum», y dos legionarios trompeteros. XX.—Coro de cantores. XXI.—Quinto paso.—La caída del Señor. XXII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diputados. XXIII.—Los penitentes. XXIV.—Grupo alegórico.—Las Siete Palabras. XXV.—El Centurión y Longinos a caballo. XXVI.—Sexto paso.—Jesucristo crucificado, alumbrado por ocho Hermanos con hachones. XXVII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diputados. XXVIII.—Coro de cantores. XXIX.—Manipulo reforzado de soldados romanos. XXX.—Séptimo paso (nuevo).—El Descendimiento. XXXI.—Cortejo idéntico al que sigue a los pasos anteriores. XXXII.—Grupo de quince Magnates alumbrando con grandes cirios. XXXIII.—Séptimo paso.—Jesucristo yacente rodeado de la Guardia de soldados actuales. XXXIV.—Guardia pretoriana compuesta del Centurión, dos porta-enseñas y veinte soldados romanos. XXXV.—Duelo de honor formado por seis Hermanos y presididos por el Prior de la Hermandad, acompañado del Tesorero y Secretario. XXXVI.—Bandera del Excmo. Ayuntamiento y los timbales y clarines.

EL SANGRIENTO DRAMA DEICIDA

Hubo un día, el más memorable que figura y figurará en los anales históricos de la humanidad, que a las tres de la tarde se quedó sin luz; porque deusas nubes se extendieron por el firmamento, cubriéndolo todo; la luz radiante del sol huyó desparavida, cubriéndose con negro manto; la luna se vistió con la mortaja triste de la muerte, teñida en sangre; las innumerables estrellas, todas deslumbradas, desaparecieron confundidas; terribles fenómenos se produjeron en la tierra y en algunos lugares recónditos que se encuentran situados en el centro de la misma: las piedras se despedazaron; el velo del Templo se rasgó; los monumentos abriéronse de par en par, para dar paso a los muertos que resucitaban: los hombres todos, huían despavoridos ante tan universal confusión... ¿Qué sucedía en el firmamento?... ¿Qué momentos eran aquellos tan supremos, en los que, se producían tan grandiosos prodigios, verificados en los Cielos, en la Tierra y en los ocultos lugares donde se hallaban las almas de los muertos?... ¡Ah!... ¡Oh dolor! Es que todos estos grandiosos fenómenos eran señales evidentes de que, en aquellos instantes tan supremos, se estaba realizando el crimen más horrendo de la historia; el mayor acontecimiento que han conocido los siglos. Es que, en aquella misma hora, se estaba representando en la ensangrentada cima del Gólgota, entre amarguras, llanto y desolación; el horrendo drama del Calvario; el drama más sublime y conmovedor de la humanidad. Una turba deicida, podrida, frenética y loca, de hombres llenos de ingratitude y de ceguera, acaban de crucificar, después de haberle hecho sufrir los más atroces é inauditos tormentos; nada menos que al Divino Mártir; al mismo Dios, Rey de Cielos y Tierra, por el sólo motivo de predicar la doctrina santa de la verdad, la doctrina de nuestra redención.

El Redentor del mundo, el que nació de una Virgen purísima, no para destruir la ley de la verdad, sino para desterrar del mundo, todas las falsas religiones y reconciliar al hombre con Dios por medio de la fe, de la moral y del culto de la Religión verdadera, se hallaba ya pendiente de la Cruz; de aquel patibulo infame, destinado a los más consumados criminales, y acababa de pronunciar las últimas palabras, llenas de humildad y de unción evangélica; «Consumatum est» y de entregar su celestial Espíritu a su Eterno Padre. ¡Por esto mismo, por este tan horrendo y execrable crimen que el hombre acababa de cometer con su Criador y Creador de todo lo existente es por lo que la naturaleza toda estremecida, se prosternó en señal de sentimiento, de dolor y de tristeza, y se vistió de luto, cubriendo melancólicamente el firmamento, con tremebundas sombras. Y nada más justo ni más natural, que el firmamento todo, se estremeciese ante el sangriento drama que había cometido contra su Autor, el ser más privilegiado de la creación (el hombre) puesto que, sólo, al recordarlo, se sienten los escalofríos del terror y de la amargura y la mano se detiene temblorosa al escribir. ¡Qué horror!

¡Un Dios en el patibulo!... ¡El Dios de la verdad crucificado!... El Dios que por hacer al hombre el mayor bien que puede recibir, descendió a la tierra desde el Cielo de donde procede; el Dios, que en su efímera vida terrenal con su doctrina sabia, toda loconducía al bien y al fin de la Divinidad. El que consolaba al afligido, sanaba al enfermo y acogía en su seno al desvalido; el que aplastó la cabeza de la serpiente infernal, dando al hombre la bienaventuranza de la eterna felicidad, perdida por nuestros primeros padres en el Paraíso, y el que abrió de par en par las puertas del Cielo, edén destinado al hombre que en este mundo sigue sus doctrinas: ese Dios de infinita bondad, es el que acaban de crucificar los hombres deicidas, y ya pende del patibulo infame. ¡Qué horrible crimen! ¡Qué drama tan desgarrador!...

Y qué aspecto tan tético y luctuoso presentaba la cima del Gólgota, en aquella noche de tan siniestra lobreque... Tinieblas, soledad, tristeza, llanto, horror y desolación... y en tan lúgubre cuadro, se destacaban las dos principales y más sublimes figuras de la humanidad: el Hijo Divino y su benditísima Madre. Si, el Hijo de Dios que se hizo hombre para redimir al linaje humano; el que es Creador del Universo todo, y lo guía con su poderosa mano en su magestuosa marcha por las inmensidades del tiempo y del espacio, está pendiente del madero infame; y su benditísima Madre, la Madre de Dios, cruelmente atravesada por la espada del dolor y de la amargura, se halla abrazada al lábaro santo de nuestra redención, contemplando el rostro desfigurado de su amado Hijo, que revela los atroces tormentos á que lo han sometido los inhumanos verdugos. Si; allí está la veneranda Martir illustre del amor, «bebiendo» la angustiosa agonía del más querido de los hijos, y velando despues, sola y sin consuelo, el cadáver exangüe del fruto de sus entrañas. ¡Pobre Jesús, ya exhaló su último suspiro!...

¡Pobre María! ¡Desventurada Madre!... ¡Tu Hijo ha muerto y tú lloras en espantosa soledad! ¡Y que noche tan lóbrega y tan amarga para tí! ¡Que horas tan horribles de dolor y de desamparo! ¡Qué silencio tan profundo! Solo sientes los roncós gemidos que se oyen en las bóvedas celestiales, los pavorosos ayes que el viento repite, y el ruido que producen en el suelo, las gotas de sangre que se desprenden del cuerpo de tu adorado Hijo. ¡Infortunada María, que soledad tan grande! Los hombres todos te han abandonado; Dios también parece se ha olvidado de tí; y los serafines y demás espíritus celestiales que tan solamente se divertían antes en tu presencia tampoco

vienen ahora á du'ficar tu llanto. Pero; ¡Ah! como han de venir, si están como tú, llorando desconsolados! Todo está, Madre dolorosa, en tan inmensa desolación, como tan grande es el insondable mar de tu amargura. Tu Hijo ha muerto, si; y tú lo lloras... lo lloras sin consuelo en soledad...

Pero, consuélate Madre de Dios y madre nuestra, que no estás sola. En estas horas tan horrosas y de tan incomparable llanto, contigo estamos tus hijos, los redimidos por la sangre de Cristo. Contigo estamos los tristes, los afligidos, los atribulados, y los que somos víctimas de la iniquidad, del desprecio y de la infamia. Todos venimos hoy á llorar contigo, y á contemplar el sangriento drama de tu Hijo, el crimen inicuo cometido, contra el que, gloriosamente ha triunfado en la Cruz.

También la mujer cristiana, la buena y cariñosa madre; la que tú misma redimiste de la esclavitud en que se hallaba con una nueva «Ley» célebre

por su doctrina; la que tú misma ennobleciste y dignificaste, convirtiéndola de esclava, en aquel tutelar doméstico donde hoy se le erige su hermoso trono, viene hoy á llorar contigo la pasión y muerte del Redentor, y á imitar en algo tu infante heroísmo y tu amor inconcebible. Todos venimos hoy á pos-trarnos á tus pies, y á los del que, con tu muerte destruyó el pecado y reparó la ofensa hecha al mismo Dios, á los pies del que cerró las puertas del infierno y abrió de par en par las del venturoso Paraíso. A los pies, si; del que consiguió en la Cruz la victoria más grande que los ojos humanos han visto; cual es; la de morir un Dios para que se salve el hombre.

Todos si; queremos hoy llorar contigo; ¡Madre dolorosa!

LEANDRO DE LA DEDICACIÓN. Arguedas y Abril de 1906.

A la Cruz

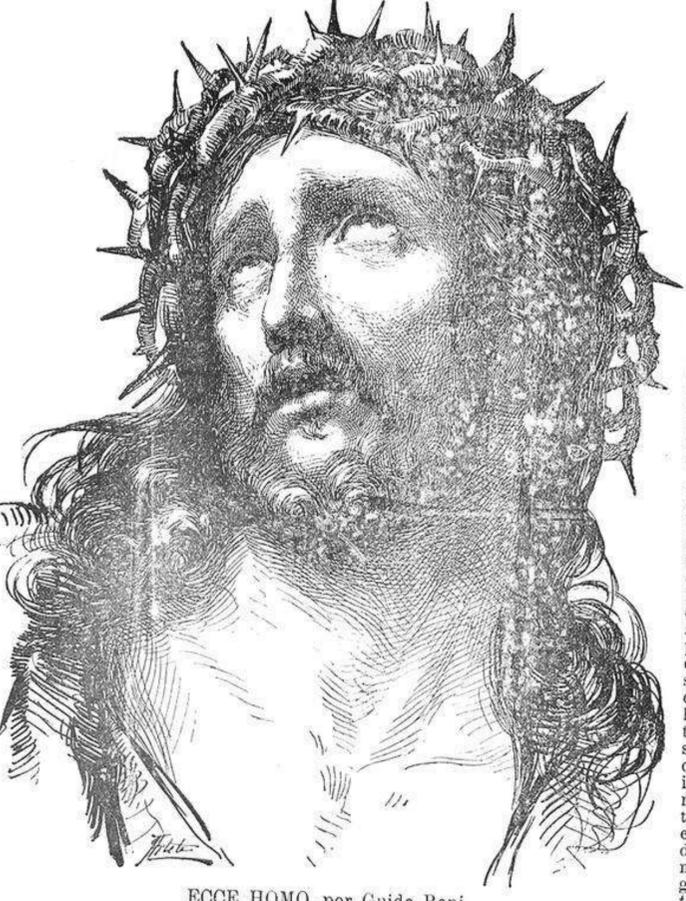
Árbol donde el cielo quiso Dar el fruto verdadero Contra el pecado primero; Flor del nuevo paraíso; Arco de luz, cuyo aviso En piélago más profundo La paz publicó del mundo; Planta hermosa, fértil vid, Arpa del nuevo David, Tabla de Moisés segundo: Pecador soy, tus favores Pido por justicia yo; Pues Dios en tí padeció Sólo por los pecadores; A mí me debes tus lores; Que por mí sólo muriera Dios, si más mundo no hubiera, Luego eres tú, Cruz, por mí, Que Dios no muriera en tí, Si yo pecador no fuera.

CALDERÓN.

ECCE HOMO

¡Cuán distintas y diferentes son las obras de Dios de las de los hombres! Cuando Dios, inclinando su majestad divina sobre la

rendidos y humillados como el hombre responde á su misión. El hombre revestido de todas las formas, de la autoridad, de la aristocracia y del pueblo; el hombre representado en todas sus clases, impulsado por el vértigo que domina los ánimos en



ECCE HOMO, por Guido Reni.

las vísperas de grandes acontecimientos, acude presuroso á una plaza, al pié del palacio del Presidente de la Región, á contemplar á Pilatos acompañado de una figura que envuelta en giros de púrpura, con una quebrada caña en las manos, una diadema de espinas sobre la frente, el rostro amoratado, privadas de libertad las manos que transformarían la naturaleza, amortiguada la lumbré de aquellos ojos que con su centelleo capaz de inflamar el foco de luz y calor en los astros y en el seno mismo de la naturaleza derretirían en amor los corazones, y escuchar la voz del Presidente que dice al pueblo «¡Ecce homo!» Mientras el pueblo judío atormenta con imprecaciones y horrible desahato los oídos del que con solo su querer extendiera el pabellón de los cielos y los sembrara de estrellas para que en armonioso concierto pregonas en las grandezas de su autor y subondad para con las criaturas; mientras el hombre pide la muerte, la ignominia, el suplicio para el que con su soplo divino infundiera en la naturaleza inerte el espíritu y la vida, gyese el eco del representante de la señora de los mundos que dice á las gentes: «Ecce Rex Vester.—E. Z., Presbítero. Gulina, Abril 1906.

La muerte de Cristo

Delante del Pretorio, que el sol dora en su lumbré, agitase una inmensa y ardiente muchedumbre que quiere sangre humana con júbilo bber; dragon de cien mil bocas con truenos de marea, de un drama pavoroso la víctima olfatea y quiere las garras famélicas tender. Aquel mar estallante de pechos exaltados, de frentes encendidas, de brazos levantados, Pilatos el hipócrita pretende encadenar; pero el tumulto crece, la turba se impacienta, y asaltará el Pretorio la muchedumbre hambrienta si la esperada víctima le quieren ocultar.

En vano en la tribuna les muestra el presidente el cuerpo flagelado de Cristo el inocente diciéndoles: «¡Ya os basten sus llagas de dolor!» De espinas traspasado, Jesús humilde calla oyendo el griterio febril de la canalla sin que en sus pechos prenda la chispa del amor. Ya fué entre el oleaje del pueblo embravecido á la presencia augusta de Herodes conducido para que el gran tetraeco lo mande procesar, y al verlo el endiosado señor de Galilea, la mofa entre sus labios veloz relampaguea é irónico y rierte le empieza á preguntar: «Se dice en Palestina, por voz de los impíos, que llamaste el Dios-Hombre y el Rey de los judíos y que milagros hace tu dulce inspiración.

«En donde están tu ejército, tus lanzas y caballos? «En donde tu corona, tu cetro y tus vasallos? «En qué tablas grabaste tu nueva religión?» Ante la burla infame, Jesús baja los ojos por la humildad vestidos, por el tormento rojos por la modestia llenos de noble majestad. Nada de Cristo dicen los labios inspirados; unidos permanecen cual pétalos cerrados, y orlada la cabeza de excelsa idealidad. «Ha poco de tu reino pisando los umbrales, Jerusalén al paso te echó palmas triunfales para con regia pompa glorificar tu sér.

Una nevada clámide de brillo soberano también sobre los hombros te colgará mi mano para que así deslumbré más alto tu poder.» «Nada, Jesús, respondes á mi admirado acento?» Y luego alzado elama con súbito ardimento: «De nuevo ante Pilatos llevado en procesión; no hay culpa en un estulto; llevado á su presencia, que él es quien puede sólo dictarle la sentencia si la merece el misero que vive sin razón.»

«Calló Antipas, y en clámide nevada revestido, de nuevo hacia el Pretorio Jesús es conducido sin que la turba nuble lo santo de su paz: lo mismo en torno suyo la infame soldadesca que el popular estruendo de la ola canallesca, lo insultan con sus iras y escúpiene á la faz. Pilatos, al mirarlo tornar ante su planta, teniendo que juzgarlo, de sí mismo se espanta, porque el motín ya sube cual rápida invasión; no induce de sí propio qué hacer con la conciencia sabiendo que es de Cristo preclara la inocencia y que ante Dios merece la gracia del perdón. Herodes no lo juzga traidor ni delincuente, y tiene Poncio el alto poder omnipotente para librar su vida del trágico sufrir; pero á Jesús lo aclaman Señor de la Judea, y aquel que ante Tiberio Señor y Rey se erca, por agrada al César en cruz debe morir.

Pilatos, sordo al grito de su conciencia injusta sabe que si perdona, desde la Roma augusta al César lo derroca de su árbitro poder: culpar á Jesucristo conturba su vehemencia, y entonces hace al pueblo que dicte la sentencia y que tan grande crimen se lance á cometer. Y el pueblo, que esperaba de Cristo los favores milagros que le diesen riquezas y esplendores y no obraron favores su máximas de luz, porque Jesús perezca con voz inmensa clama,

«¡Llorad sobre vosotras, y no la suerte mía.» A tí te lo decía Jesús, á no dudar. Mas ves rodar las horas y aún el placer te ciega: la de reír, la de pecar te llega, ¡jamás la de llorar!

«¡Pilatos, crucifícalo!», prorrumpe el mar humano; más Rey no hay en la tierra que el César soberano; quien busca el bien á Cristo, busca á Tiberio el mal.» Ya Poncio sueña verse caído de su cumbre, y á un último recurso se acoge: era costumbre de libertar, por Pascua, la vida á un criminal. Y así á la plebe dice: «Se otorga á tu deseo por la gloriosa Pascua, brindar perdón á un reo; ¿quién, Bar-abbá ó el Cristo, merece tu perdón?» «¡Que muera Cristo!», ruge la enorme bestia humana, y el grito entrecer dado, retumbará mañana como un pregón eterno de propro y de baldón.

Lavándose el hipócrita sus manos de cobarde, á la hora en que echa el día la raya de la tarde entrega el vil político la presa virginal; y al son de un griterio que el bronce conmoviera, cien mil zarpas se extienden con ímpetu de fiera para rasgar las carnes del hombre celestial. Al crimen entregado, los bárbaros tropeles lo insultan, lo flagelan, lo ciñen de cordeles, lo huellan y lo escupen girando de él en pos; y va la atroz canalla, de cólera encendida, á golpes furibundos llevando enardecida por las tronantes calles la excelsitud de un dios.

«Largan del madero y á dos hoscos ladrones, y bajo inmensa lluvia de hirvientes maldiciones emprenden del Calvario la cúspide fatal. Jerusalén entero, del sol bajo la lumbré, engrosa el río humano y asciende hasta la cumbre para mirar la muerte de Aquel que es inmortal. En la ascensión penosa le ayuda Cirineo, y va entre griterios la plebe con el reo, para en las altas rocas hacer la ejecución, van guardias del Sinedrio, levitas, centuriones, escribas y extranjeros de exóticas regiones en un abigarrado y horrisono montón.

Entre tan duras pruebas y entre martirio tanto, un grupo de mujeres tan sólo vierte llanto: son la Divina Madre del Hombre de la fe; Juana, mujer de Cusa, que absorba ve la escena; María de Cleofas; la hermosa Magdalena, y la de Juan que es madre, la egregia Salomé. Llegado á las alturas concluyen al Crucifario con trágico martillo de golpe funerario que va invitando, lejos, los cuervos á venir; se rasgan los excelsos tejidos musculares, y ensangrentadas brillan, cual des rosas palmares, las manos que han escrito la ley del porvenir.

«¡Sed tengos!», Cristo exclama con labios ya marchitos, y riegan sus dos pétalos con átomos de hiel. Al verlo así, lo infama la inmundada patulea, la que la cruz sublime sacrífega apedrea, y aún siendo vil y apostata, la que perdona El! «¡Oh, multitud de perros! ¡Oh, muchedumbre brava de hienas, que riendo contemplas cómo acaba entre sus lacios párpados el resto de la luz; repártete sus ropas, legión que das espanto; su taled y su cingulo, su túnica y su manto, y aulla cual los lobos en torno de la Cruz! Huyamos; ya los cuervos graznando se avecinan, y, cual ciudad flotante, su giro arremolinan sobre el sangriento fondo de obscura claridad. ¡Huyamos de vergüenza con curso tan violento, que nuestros viles cráneos se estrelen contra el viento y bórrese del mundo la infame Humanidad!»

SALVADOR RUEDA.

Via Crucis nuevo

Ofrecimiento Yo quiero andar contigo los pasos que anduvieres: Señor, adonde fueres yo quiero también ir. Subir hasta la cima, morir allí á tu lado, que ya mi corazón ha averiguado que eso sólo es vivir.

Primera Estación No calman los azotes el odio desatado, y á muerte es condenado quien de la vida es prez. Mira, alma, el desafuero que á tu maldad le plugo: que el reo se convierta hoy en verdugo y en víctima su juez.

Segunda Estación La Cruz con que le cargan, aunque mayor la viera, hallárala ligera su viva caridad. ¡Más ya haremos los hombres que suba hacia la cumbre cargado con la enorme pesadumbre de nuestra iniquidad!

Tercera Estación Al peso de tus culpas la tierra Cristo besa; la Cruz que más le pesa es ¡ay! tu desamor. Acude á socorrerle, humilla tu conciencia y en los brazos le amarga penitencia levanta á tu Señor.

Quarta Estación En este duro trance de halar Cristo á María ¿quién de ambos sentiría más hondo su pesar? Y yo, por quien padecen los dos tales angustias, ¿seco estaré, com las rosas mustias que el sol no logra alzar?

Quinta Estación No es lástima ó blandura ponerle al Cirineo, que es bárbaro deseo de apresurar el fin. ¡Señor, que yo no imite las blancas crueldades, ni vista con ropaje de bondades un pensamiento ruin.

Sexta Estación Una mujer el rostro secóle compasiva y en el lienzo, cual viva, quedó la augusta faz. ¡Oh! ¿cuándo, alma de hielo, habras hecho bastante por quien da su retrato como amante á quien le diere paz?

Séptima Estación Segunda vez á tierra cayó el Señor del Cielo: aunque era duro el suelo, Jesús no lo advirtió; que en pasos de dureza ¿qué puede haber que asombre al que probó la ingratitude del hombre y en ella tropezó?

Octava Estación «Llorad sobre vosotras, y no la suerte mía.» A tí te lo decía Jesús, á no dudar. Mas ves rodar las horas y aún el placer te ciega: la de reír, la de pecar te llega, ¡jamás la de llorar!

Novena Estación Ahogado en su amargura, exhausto, escarnecido, tres veces ha caído por tierra el Salvador. Y nada en tus caídas las de tu Dios pudieron: ¿quién pensará que por salvarte fueron tanta pena y sudor?

Décima Estación Vinagre y hiel le daban cuando de sed moría: ¡más amargor tenía la injuria que la hiel! Y tú qué quieres cielo ¿no buscas sino mieles? ¿Pues ignoras que sólo por las hieles podrás llegar á él?

Undécima Estación Mira, al fin, de este viaje que tanto afán costara, qué lecho le prepara la humana ingratitude. Dios es y en cruz se acuesta: aprende en tus horros á tenderte en la cruz de tus dolores si anhelas la salud.

Duodécima Estación Cuando la Cruz alzaron enhiesta sobre el suelo, de Cristo aumenta el duelo el golpe que ella da. A cuantos sufre el Justo estáte, oh alma, alerta, pues golpes son que te abrirá la puerta por donde á Dios se va.

Décimatercia Estación Ensangrentado y muerto desuavlen á María el que Ella entregó un día hermoso como un sol. La lumbré de sus ojos, la luz de su ventura, Aquél que dió á la tarde su dulzura y al alba su arrebol.

Ultima Estación Aquí está sepultado quien á salvarte vino, mas por triunfal camino al cielo subirá. Sepulta tú las quejas que en tu soberbia exhalas y ya verás cómo te nacen alas con que seguirle allá.

ENRIQUE MENENDEZ.